

# DISCURSOS

LEIDOS ANTE LA

## ACADEMIA DE CIENCIAS

BELLAS LETRAS Y NOBLES ARTES

DE

CÓRDOBA

En 4 de Marzo de 1905

POR LOS SEÑORES

**DON FRANCISCO MARCHESI**

**DON RAFAEL RAMIREZ DE ARELLANO**

EN LA SOLEMNE RECEPCIÓN PÚBLICA DEL PRIMEBO



R. 17305

CÓRDOBA

Imp. de La Escudilla de Caballería





## SEÑORES:

Honrado con la inesperada cuanta inmerecida distinción de verme hoy perteneciendo á esta ilustre corporación, debo expresarle al mismo tiempo que mi agradecimiento, un sincero deseo de corresponder á tal honor como me lo permita mi escaso valer. Cumplo con el grato deber de presentar un corto trabajo para el que desde luego solicito vuestra benevolencia, ocupándome en él, de la pintura española en su más glorioso periodo, el décimo séptimo siglo que bien pudiéramos llamarle su siglo de oro.

Pero antes, permitidme dedicar un recuerdo á la memoria del inolvidable Sr. D. Manuel Gonzalez de Guevara, cuya vacante en esta Academia, hé sido llamado á cubrir. Aun cuando no tuvo el gusto de conocerle personalmente, no por eso conozco menos los dotes que por todos conceptos poseía, su mérito y su erudición. Testimonio de ello son sus poesías y sus estudios históricos referentes á personajes y episodios que se relacionan

con esta población y su provincia. Entusiasta del arte de la pintura que cultivaba, demostró sus conocimientos en su historia en un trabajo acerca de la misma en general y en particular de Córdoba, en el que se propuso dos objetos. Primero, fijar la atención pública sobre los pintores cordobeses; segundo, alentar la afición entre los principiantes, indicándoles los mejores cuadros y haciéndoles conocer los buenos artistas. Deseo laudable que demuestra su amor á esta población, que debe aplaudirse con entusiasmo, siguiéndose el camino por él tan noblemente iniciado. Tributado este triste deber, hacia tan distinguido como ilustre académico, paso hablaros del tema que he dejado anunciado tratando de los pintores españoles que tan justa fama dieron á esta nación durante el transcurso del siglo XVII.

A una época, gloriosa también, de la pintura italiana había seguido otra de cierta decadencia al finalizar el décimo sexto siglo, debida al manierismo ó amaneramiento que se introdujo en la escuela bolonesa, decadencia que estendida por toda Europa, alcanzó á algunos pintores españoles. No sucedió así con otros y no en corto número, dando lugar á la importancia y brillantez de tan notable arte en España en el periodo de que voy á ocuparme y á la celebridad de las escuelas sevillana, valenciana y madrileña.

Entre esos distinguidos pintores, algunos sobresalen también bajo otros conceptos. Alonso Cano, Sebastián Herrera, Herrera el joven y Céspedes en arquitectura y en escultura. En literatura Vicente Carducho, que aunque italiano de nacimiento, se consideraba como español, por su obra los *Dialogos* en la que enseña la teoría del arte; Velazquez por la titulada «Memoria de las pinturas que el rey Felipe IV envió al Real monasterio del Escorial»; Pacheco, por su «Arte de la pintura» y descrip-

ción de retratos auténticos de ilustres y memorables personajes, que acompañó á las biografías de más de 160, por él retratados al lápiz, obra que le valió figurar en el Catálogo de autoridades de la lengua, distinción que alcanzó también Palomino por las suyas: «El Museo pictórico» y la «Escala óptica», completada por la que tituló: «Noticias, elogios y vidas de los pintores y escultores eminentes españoles.» Por último se distinguen en poesía los ya mencionados Pacheco, Palomino y Céspedes, además aventajado políglota.

Aun cuando solo pensaba ocuparme de pintores de nacionalidad española, he de hacer sin embargo una excepción, reconociendo cuanto debe la pintura en España en aquellos tiempos á Domingo Theocopuli, por sobrenombre el Greco, por ser natural de Creta, isla entonces perteneciente á la república de Venecia. Maestro de Orrente, Tristán y Velazquez, considerado con justicia este último como jefe de la escuela naturalista, á un tiempo severa y elegante, corresponde al Greco la gloria de haber echado sus cimientos, introduciendo profunda revolución en el arte. Claro es que aludo á sus buenos tiempos. Su cuadro, el entierro del conde de Orgaz, que pintó para la Iglesia de Santo Tomé en Toledo, se ha conceptuado, por su inspiración en la representación de la Virgen y de los santos que bajan á presidirlo, y en la del cadáver del conde y de su acompañamiento, como la base de la escuela española de aquella época.

Tanto por lo elevado del asunto, como por prevalecer á la sazón, es natural tratar primeramente de la pintura religiosa, y en su consecuencia del sin igual intérprete de la misma Bartolomé Esteban Murillo. Tres estilos se distinguen perfectamente en este artista. Primero, el llamado de las sargas y de las ferias. Segundo, el de Rubens, Van-Dyck y Ribera, á raíz de su viaje y permanencia en

Madrid y el Escorial, bajo la protección de Velazquez. Tercero, el en que se crea una escuela propia, fundamento de la renombrada escuela sevillana. Largo sería aún siquiera citar las obras maestras tan solo de su última época.

El Real Palacio y Museo de Madrid, el de Sevilla, la Catedral, el Hospital de la Caridad y diferentes galerías particulares de aquella población y desgraciadamente Museos y colecciones en el extranjero—y empleo este adverbio, pues recuerdan algunas obras el despojo de que fué víctima España en la guerra de la Independencia.— abundan en admirables lienzos suyos y es fácil apreciar el valor de los que no se tienen en España, con solo considerar que subió á más de cuatro millones y medio de reales la puja á que dió lugar en 1852 la venta de cuadros de este autor, que pertenecieron al mariscal Soult, general de Napoleón I. y que tuvo lugar en Francia. Cádiz tiene la satisfacción de poseer su último cuadro, es de grandes dimensiones y representa los Desposorios de Santa Catalina, obra que como es sabido, le impidió terminar el haber caído desde el andamio en que trabajaba, á consecuencia de cuyo accidente, sucumbió á poco de regresar á Sevilla, su ciudad natal. Posee tan triste cuanto valioso recuerdo con otras obras suyas, el ex-convento de Capuchinos. Nacido Murillo en una época en que la antigua fô se hallaba casi extinguida, en medio de la corrupción general de las costumbres, parece traía al mundo la misión de convencer y persuadir de la divinidad del culto católico á generaciones que mal lo interpretaban. El ilustre D. Pedro de Madrazo, después de calificar con su acostumbrado acierto, á Murillo como pintor de la sagrada leyenda, se expresa en estos términos: La belleza que el inspirado Murillo dió á la figura de la Concepción, no tiene igual en el mundo, ni por el

santo perfume de inocencia que de sus lineamentos se desprende, ni por la celestial y luminosa castidad de su expresión. Es la belleza más deslumbradora y pura que puede soñar como tipo ideal de la virginidad el artista cristiano. Igual inspiración se advierte en cuantas advocaciones ha representado de la Virgen, al pintar su infancia y la divinidad del Salvador del mundo en los diferentes periodos de su vida. La aplicación y facilidad que tuvo siempre Murillo para ejecutar sus obras, pruébalo el número de ellas catalogadas que llega á 440. Con razón se le considera como el Lope de Vega de la pintura.

Tan gran maestro no podía por menos de tener excelentes discípulos y como tales pueden citarse á Antolínez; Gomez, llamado el mulato, que fué primero su esclavo, Meneses Osorio; Gutierrez y Marquez, su más diestro imitador. Maestro fué de tan ilustre pintor, D. Juan del Castillo, y esto solo hubiérale bastado para inmortalizar su nombre, de no haber sido además como su hermano Agustín y su sobrino Antonio, hijo de este, aventajados artistas y del último, nacido en Córdoba, son bien conocidas aquí sus obras. Otra familia sevillana se había hecho notable ya en pintura, la de los Herreras. Además del Sebastián, Francisco, apellidado el Viejo, el primero que abandonó en Andalucía cierta manera tímida de que adolecían algunos pintores y cuyas obras son de correcto dibujo y de gran colorido como las de su hijo, por sobrenombre el Joven. De la misma escuela son: Pacheco, ya citado con anterioridad, maestro de su yerno Velazquez; Pareja, el esclavo de este, aunque no fué el género religioso al que se dedicase con preferencia; Roelas, comparado con el Tintoretto por el ilustre escritor y acertado crítico Ceán Bermudez y Zurbarán, su discípulo, cuyo estilo se distingue por la aniquilación de ciertas tintas en las grandes masas como sucede en la foto-

grafía y a quien Felipe IV llamaba pintor del rey y rey de los pintores.

Bien apreciados son en esta capital por ser de ella ó de su provincia naturales: Céspedes, Zambrano, Valdes Leal, Palomino y Alfaro y por sus excelentes obras, algunas de las cuales adornan su catedral y templos. El correcto dibujo, acertado colorido y profundo conocimiento de la anatomía de Céspedes, la valentía y brillantez en el colorido, el fuego y expresión en las figuras de los cuadros de Zambrano, la perspectiva, anatomía y buen colorido en los de Palomino, aparecen á primera vista al contemplarse sus lienzos. Lo mismo revelan los de Valdes Leal. Filósofo debía ser también cuando tan acertadamente supo pintar la vanidad humana y la insignificancia de la vida en este mundo en sus dos cuadros de puro realismo que posee el hospital de la Caridad de Sevilla. Los cuadros de Alfaro, por último, tienen excelente coloreado.

Aun cuando granadinos, pertenecen también á la escuela sevillana, Alonso Cano y Moya. Distingúense los cuadros de Cano por ser los que mejor se conservan. De colorido veneciano tienen la corrección de dibujo y sencillez de la escuela en que aprendió el insigne artista. Partidario del naturalismo, demuestra no obstante tendencia al idealismo, revelándose á veces su carácter, exacerbado sin duda por su accidentada y novelesca vida. Moya, perteneciendo al ejército que combatir en Flandes, tuvo ocasión de ver allí los cuadros de Van-Dyck, copiándolos, cuando le era posible y trasladándose luego á Londres, donde aquel residía, solo pudo tomar de él pocas lecciones por la prematura muerte del célebre artista flamenco, pero bien supo aprovecharlas y tomar su bello estilo y proverbial elegancia.

También la escuela valenciana supo interpretar con



acierto los asuntos religiosos. Aun cuando pocos años vivió del siglo XVII, citaré á Juan Vicente de Joanes, hijo del celebrado pintor en el precedente y del que fué imitador, á Francisco Ribalta, notable por su naturalismo y brillante y enérgico colorido, á Juan, su hijo, que á la edad de diez y ocho años pintó su célebre cuadro, la crucifixión del Señor; á Esteban March y su hijo Miguel, imitadores de la escuela veneciana, á Sariñena, gran propagador del buen gusto en la valenciana, á Espinosa, cuyos cuadros tanto abundan en los templos de aquella capital, y á Oriente, discípulo del Greco, el que según Pacheco se formó una manera propia y peculiar suyas y del cual, aunque cultivó otros géneros, hay cuadros religiosos notables, tanto en Toledo como en Valencia. De este reino, en San Felipe de Játiva, nació uno de los pintores españoles más ilustres, José Ribera, el que por su corta estatura fué apollidado en Italia el Spagnoletto. Allí se hace notable en un principio por su estilo suave, escita la envidia de algunos compañeros italianos que intencionadamente le aconsejan adopte el género trágico, y al quererlo perjudicar le proporcionaron por el contrario eterna fama. Con sus sombrías tintas y obscuras fondos pintó admirablemente la ancianidad, el dolor los martirios de los santos, la austeridad de los anacoretas. Magníficos cuadros posee de él, el Museo de Madrid, pero en el convento de las Agustinas de Salamanca existe una Concepción de sorprendente belleza que demuestra sabía tratar toda clase de asuntos religiosos. De la escuela de Madrid, se distinguen los siguientes artistas: Pereda, vallisoletano, notable por haber pintado siendo muy joven una Concepción que le valió entrar como pintor en el palacio del Buen Retiro, reinando Felipe IV, monarca que, justo es reconocer, se adelantó á su siglo por la protección que dispensaba á las bellas ar-

tes, como se adelantó también al suyo con respecto á las ciencias el décimo Alfonso de Castilla. Tristán, toledano, discípulo del Greco, á quien un notable crítico francés llegó á llamar el precursor de la brillante escuela peninsular del siglo XVII y cuyo elogio queda hecho con solo considerar que fué elegido como modelo por Velazquez, entre todos los pintores de España é Italia; Carducho, de colorido vigoroso y toque sólido y seguro; Fray Juan y Francisco Rizzi, hijos del pintor italiano de este apellido, aquel de estilo franco y abreviado y de gran exactitud de entonación; Carreño, pintor de cámara de Carlos II, que se distingue, tanto por sus cuadros al óleo, como por sus magníficos frescos de la cúpula del Ochoavo, en la catedral de Toledo; Cerezo y Claudio Coello, sus discípulos que sobresalen, el primero, en su cuadro llamado «La cena de Emaus», que pintó para los Recoletos de Madrid, de colorido flamenco, y el segundo por sus cuadros de brillantes tonos y feliz escala de tintas, que han sobrevivido á los incendios del Alcázar Real de Madrid é iglesia de Santa Cruz, en los que perecieron sus principales obras. De intento he dejado para citar el último á Velazquez, que pintó también los asuntos religiosos con verdadera inspiración, como lo demostró en el «Cristo crucificado» del Museo de Madrid, para empezar por él al tratar de la pintura profana. El mismo empeño que ha habido por comparar á Rafael Urbino con Murillo, lo ha habido por establecer comparación entre este último y Velazquez. Respeto cuantas opiniones se han emitido sobre el particular, pero creo que es imposible sentar como cierto cuál de los dos es el mejor. Cada uno desarrolló con preferencia en distinto campo de acción, su extraordinario talento. Citaré las siguientes palabras del norte-americano Cúrtis, en apoyo de este aserto: «Es moda hoy día, entre ciertas gentes, enaltecer á Velazquez

y desacreditar a Murillo. Poca es mi simpatía por tales críticos. Nada hay que impida admirar á la vez á ambos artistas. Los dos son grandes, aunque por diverso camino. Velazquez fué mundano: Murillo religioso: aquél trabajó para críticos y artistas; éste para el género humano: el uno caldea el cerebro y el otro commueve el corazón. No son menos ciertas las apreciaciones que hace el italiano Edmundo Amicis en su obra *Viaje á España*. Velazquez, dice, en el arte es una águila. Murillo es un ángel: á Velazquez se le admira, á Murillo se le adora.

Natural Velazquez de Sevilla, allí empezó sus estudios y como en Murillo, se observan en él tres estilos, resultado el segundo del primer viaje que hizo á Italia, del cual tiene como cuadro notable de historia, el celebrado de la rendición de la plaza de Breda al general español marqués de Spínola. De su tercer estilo, en el que alcanza el más brillante personalismo á que llegó artista alguno, pueden citarse los conocidos cuadros de las Hilandesas y de las Meninas. Colocado este último con notable acierto en una habitación del Museo de Madrid, contigua al salón que lleva su nombre por estar sólo constituido por obras suyas, es tal su ambiente y perspectiva, que parece se asiste á la escena que allí se representa y que tienen vida sus personajes. Pintó admirablemente los seres deformes y desgraciados como los borrachos en el cuadro que así se llama, siendo además notable paisagista y pintor de cacerías. Empleado desde muy joven en el Alcázar Real por la protección del conde-duque de Olivares, ministro de Felipe IV, y en premio á un magnífico retrato ecuestre que hizo de este monarca, hubo de dedicar mucho tiempo al desempeño de sus cargos, que le distraían á veces de sus trabajos artísticos y de resultas de su viaje al norte de España en cumplimiento del que entonces ejercía, cuando la celebra-

ción del tratado de paz con Francia, llamado de los Pirineos, contrajo la enfermedad que le llevó al sepulcro. En pintura profana, volvemos á encontrar á varios de los ya citados pintores de la religiosa. Murillo tiene también notables cuadros y como Velazquez, supo pintar escenas comunes y seres desgraciados como lo hizo en el de Santa Isabel, reina de Portugal. Fué paisagista y sus flores y sus naves revelan su portentoso genio que todo lo abarcaba. Ribera y Zurbarán se distinguen como Francisco Rizzi en asuntos mitológicos, Carducho y los March como pintores de batallas; Orrente como paisagista y pintor de animales, mereció se le llame el Rosa Tivoli y el Bassano español, por la verdad y gracia con que pinta la los rebaños y las cabañas; del Mazo, yerno de Velazquez y su más aventajado discípulo, sobresalió en los paisajes y vistas de poblaciones, en las que aparecen graciosos grupos de figuras. Finalmente, los ya citados Pareja, Pereda y Valdes Leal, tienen en esta clase de pintura obras de indiscutible mérito. Resta sólo hablar de los artistas notables en el difícil arte de retratar.

En él vuelve á aparecer la figura del gran D. Diego Velazquez compitiendo con el Ticiano y con Van-Dyck. Sus retratos, ecuestres algunos, que se admiran en el Museo nacional demuestran su perfección en este concepto y en Roma, en el palacio de Doria está el del Papa Inocencio X, que le mereció ser nombrado académico romano. Fueron distinguidos retratistas, Murillo, Antonio Castillo, Pacheco, Mazo, Carreño, Ribalta, Tristán, Carducho y por último, Claudio Coello. En su celebrado cuadro de gran perspectiva y colocación de figuras llamado de la «Santa Forma» existente en el Escorial y que representa el acto de bendecir el Preste á los circunstantes con la misma que milagrosamente se salvó de la sacrilega profanación de un templo de Holanda por los

zwinglianos en 1592, están los retratos de Carlos II y de más de cincuenta altos dignatarios de su palacio y corte. Coello, fallecido en 1693, á consecuencia, se cree, de la preferencia dada al italiano Giordano para el decorado de aquel monasterio, es el último pintor de la época de que me he ocupado, al terminar la cual, la literatura, la pintura y demás ramos de la civilización, marchaban hacia una decadencia lamentable, como la nación, felizmente pasajera, en los postreros años del siglo XVII, y del reinado del último monarca de la casa de Austria.

Pocos ejemplos ofrece la historia de haber abundado tanto los genios en un país y en periodo relativamente corto y de esto puede con justicia enorgullecerse España. Fácil es apreciar la importancia é influencia de las nobles artes en la cultura y por lo tanto en la tranquilidad y bienestar de un pueblo cuyas costumbres se dulcifican y las inteligencias se desarrollan bajo su benéfico influjo. El recreo de la vista, así como el del oído, no es más que el efecto de dichas artes pero no es su objeto; es más bien el camino que conduce á un fin infinitamente más importante. Nos agrada contemplar un bello cuadro, pero no hay que limitarse á eso solo. Es necesario que nos produzca algún bien. La naturaleza no nos envía penas con el solo fin de alligarnos ni alegrías solo para recrearnos. Se propone algo más. Así mismo el arte tiende á igual fin, al recreo, pero al recreo que nos conduzca á lo útil. Es pues como las demás nobles artes la pintura un medio poderoso para estimular la pasión hacia el bien, siendo indudable que el hombre familiarizado con el estudio de las mismas, adquiere una gran sensibilidad y se convierte en ilustrado bienhechor de la humanidad. Es pues tarea tan grata como benéfica el fomentar en cuanto posible sea, el estudio ó al menos la afición á todas las nobles artes en general y á cada una


de ellas en particular, artes que, salvo por mi persona, están todas tan dignamente representadas en esta docta Corporación. Al tratarse de Córdoba no puede echarse en olvido, fué cuna de sabios artistas y literatos eminentes, desde los más remotos tiempos y que reúne además una circunstancia que pocas ciudades poseen, cual es haber sido en una época la primera no solo de España sino de Europa bajo el punto de vista científico, artístico y literario, á la vez que capital de un poderoso imperio, tantos siglos há muerto, y que sin embargo parece revivir á veces en su antigua y admirable mezquita.

DISCURSO  
DE  
DON RAFAEL RAMIREZ DE ARELLANO

---







## SEÑORES ACADEMICOS:

Me habeis honrado encargandome la contestación al notable discurso que acaba de leer el Sr. Marchesi, y aceptando tal honra voy á contestar. Ante todo, os diré que el Sr. D. Francisco Marchesi honra á la Academia ingresando en ella, pues desde luego se puede decir que es semejante á Pedro de Moya que va esgrimia la espada, ya los pinceles; y como, después de leer su bien meditado discurso de recepción, se presenta también como hombre de letras, trae á nuestra imaginación el recuerdo del insigne cordobés D. Angel Saavedra, duque de Rivas, quien, montado en un caballo, persiguiendo los ejércitos napoleónicos, ora cantaba, ora pintaba, ora hería, y como militar prodigaba su sangre, como poeta immortalizaba los incidentes de la campaña, como pintor dejaba en una abundante y leal colección de dibujos, los retratos de los caudillos y los trages y escenas de los soldados en aquella gran tragedia de la que España salió triunfante y representa la gran independencia de nuestra nación: de

nuestra España que no porque hoy se vea pobre y decaída por torpezas de quienes no hay que hablar, no deja ni dejará nunca de ser grande por su pasado heroico, por la riqueza de su suelo y porque entre nosotros siempre brillará el sol resplandeciente que alumbró á los vencidos en Numancia y Sagunto.

Señores, D. Francisco Marchesi es un literato, es un pintor y es un militar y mientras haya hombres que dentro de las lides guerreras den culto al arte y á las letras, España sera grande; porque no habrá perdido el entusiasmo y porque la vida se desarrollará en ella mediante sus manifestaciones de entereza y de imaginación. Los mismos que derraman la muerte del cuerpo, si salen victoriosos, conservarán la vida del alma, y España renace ya y renacerá más aún de sus cenizas porque la radiante imaginación española no hay putrelación bastante poderosa para consumirla y nuevo Fenix, si sucumbe en Sagunto renace con S. Isidoro y si acaba en Guadalete resucita en Covadonga y á la batalla de Alarcos sigue la de las Navas y al fin brilla su fuerza y su virilidad en Granada al coronar la cruz las torres de la Alhambra, probándose claramente que seguimos el progreso, que vencemos en la lucha de siglos, y que vencemos porque nos alienta el espíritu progresivo llevando así la civilización á América y finalmente proclamando en las murallas de Cádiz que aquellos principios redentores del hombre revelados por la nación Francesa eran cosa innata en la nación Española que sabía verter su sangre generosa por la revolución humana.

El discurso del nuevo académico, me ha hecho recordar una antigua anécdota. Pintaba el cordobés Valdes Leal los cuadros de los muertos para el hospital de la Caridad de Sevilla y terminados llamó á Murillo y se los mostró. Murillo dijo: Compadre esto no puede verse sin

tuparse las narices. Contestó Valdes: Que quereis, os coméis la pulpa y me dejais los huesos. Eso mismo podría decir yo. El Sr. Marchesi ha trazado una ojeada histórica de la pintura española del siglo XVII, tan acertadamente, que no me deja cabo suelto á donde poderme agarrar. Se comió la pulpa. A mí me queda el hueso que roer. Por eso tendré que abandonar la parte cronológica y limitarme á hacer algunas consideraciones sobre esos pintores, pero consideraciones más estéticas que técnicas y voy á entrar en ellas sin más largo preámbulo pues no quiero molestar mucho tiempo á los señores académicos.

Antes de empezar es necesario determinar claramente que, aunque se diga lo contrario, no hay en España arte nacional más que el musulmán y sus derivados. Lo mismo en el periodo clásico que en el visigodo, y lo mismo en el ojival que en el renacimiento, siempre fuimos á remolque de otros pueblos que se nos adelantaron y á quienes imitábamos. Sin embargo en el siglo XVII, en la pintura, sólo en la pintura, tuvimos algo propio porque sentimos un retroceso á la edad media y sin embargo ese mismo retroceso no estuvo ageno de imitación y fuimos secuaces de los pintores italianos del siglo XVI. No hay necesidad para probarlo más que de acordar que Juan de Juanes, Luis de Vargas, Pedro de Villegas, Alonso Berruguete, Céspedes y otros muchos se educaron en Italia, y que aún los mismos alemanes que vinieron á España, como Maese Pedro Campaña, vinieron desde Roma y Campaña era un continuador de la escuela rafaelesca. El Græco trajo la inspiración de Tintoretto, y Roelas, el gran maestro sevillano, es otro continuador de Tintoretto. Velazquez llegó á un mayor apogeo después de su viaje á Roma; Rivera es el continuador y quizás vencedor de Caravaggio y el mismo Murillo no está exento de las influencias extranjeras, aunque por camino dis-

tinto, pues es un imitador de Rubens, y Van-Dick cuyos cuadros copió en Madrid bajo la dirección de Velazquez.

Apesar de esto, volvemos á decir, tenemos algo original y retrospectivo y vamos á explicar cómo nos vino ese retroceso. Sabido es que toda la ciencia y toda la literatura del clasicismo vivieron durante la edad media encerrados en los claustros del catolicismo. Solo los monjes fueron, durante quince siglos, los poseedores de la antigua sabiduría. Y es porque la ciencia, las letras y aún las artes huyen siempre de las luchas armadas y se esconden. Cuando resplandece la paz vuelven á brillar ciencias, letras y artes porque son las estrellas de la vida humana que solo resplandecen cuando el cielo está limpio y si ocultas durante las borrascas, al terminarse estas y despejarse el cielo recobran todo su esplendor y su brillar refulgente. La edad media es una borrasca inmensa y en esto tiempo las estrellas no brillan. Conquistada Constantinopla por los turcos y terminado el imperio bizantino borrón de la humanidad; tomada Granada último baluarte en España del poderío semítico; uniformadas las creencias; Europa cristiana, y musulmanas Africa y gran parte de Asia, había terminado la tempestad y era natural que nos dedicáramos al culto del progreso humano, por la ciencia investigadora, embelleciendo la vida la poesía y adornándola, las artes plásticas.

Salió fuera de los claustros la ciencia antigua y al hacerse laica, el innato deseo del saber hizo que los hombres procurasen romper los moldes estrechos y férreos del cristianismo y que por todas partes naciese el libre examen y la reforma se impusiera. Son precursores de ella Juan de Huss y Jerónimo de Praga; Lutero la realiza, y en tiempo de Lutero, el arte es tan disidente co-

no los herejes porque Miguel Angel y Rafael, aunque pintaron asuntos místicos, solo se preocuparon de la belleza pagana. La reforma artística de esos dos colosos italianos se difundió á todo el mundo, incluso á España, pues, como queda dicho, secuaces del renacimiento fueron, Juan de Juanes, Luis de Vargas, Céspedes y tantos otros maestros españoles del siglo XVI que alcanzaron muchos al XVII y que fueron los preparadores de la pléyade de artistas cuyos nombres acaba de recordaros el Sr. Marchesi en su brillante discurso.

Pero hubo en España dos hombres eminentes que se opusieron al movimiento reformista y lo vencieron: Carlos V y Felipe II. Sin esos caracteres de hierro, hubiese sido España protestante, porque en los claustros y en los cabildos y hasta en las cátedras se había manifestado claramente el espíritu de la Reforma. Ellos lo comprendieron así y, con las hogueras inquisitoriales, cortaron el movimiento revolucionario y obligaron á los españoles á pensar como les mandaba la Santa Madre Iglesia. Y el espíritu de Felipe II, se impuso también en el terreno artístico, por lo cual en el siglo XVII que comienza dos años después de la muerte de aquel gran rey más injuriado que aplaudido, brillan los primeros astros de nuestra pintura religiosa, astros que llevan á la cabeza los dos grandes soles llamados Velazquez y Murillo.

Hay en este movimiento pictórico religioso un factor importantísimo que no se debe olvidar y es que termina la guerra de reconquista, el pueblo español, acostumbrado á una lucha de siete siglos, no se podía quedar inactivo y mereced á las iniciativas de la gran reina Isabel la Católica y á las iniciativas del intrépido navegante Colón, habíamos emprendido la obra de conquistar, no colonizar, el vasto continente americano, y aunque esto fué una gran desgracia para España, porque

representa el abandono y muerte de todas nuestras brillantes industrias artísticas, fué un beneficio para pintores, escultores y arquitectos: pues el oro americano fué el móvil de esa infinidad de monasterios y iglesias de todas clases que se labraron aquí, desde la más modesta ermita hasta la más suntuosa catedral. Sin esos ingresos inesperados, probablemente no existiría el Escorial ni se hubieran ensanchado las catedrales, ni se hubieran creado universidades nuevas y Murillo, y Zurbarán y Ribera y Alonso Cano, no hubieran tenido motivo de pintar á destajo para llenar los templos con sus creaciones maravillosas.

Resumiendo estos razonamientos, diremos que la pintura religiosa del siglo XVII se debe á la tenacidad triunfante de Carlos V y Felipe II que mataron las teorías de Lutero en España y al oro americano que dio los medios para el desarrollo de ese verdadero florecimiento pictórico. No he de repetir yo los nombres de los insig- nes profesores de la pintura en ese siglo ya mencionados por el señor Marchesi; no he de discutir ni aumentar los merecidos elogios que el nuevo señor académico les tributa, pero si hablaré algo de los dos más celebrados de Murillo y Velazquez.

Se le apellida á Murillo el pintor de la gloria; yo diría mejor del paraíso; y se le llama así por sus *Concepciones*, que son á mi entender lo delesnable de su pintura, lo que le achica porque su ilustración no estaba á la altura del asunto y nunca supo concebir el misterio, hoy dogma de la concepción de la Virgen. No cabe en la brevedad necesaria del presente discurso hablar de las célebres luchas entre dominicos y franciscanos por este misterio, y sin embargo tales combates intelectuales fueron los autores de las pinturas de Murillo y de las muchas Concepciones que entónces y después se hicieron pinta-

das y esculpidas. La discusión teológica trascendió al vulgo; y Murillo, que estaba muy dentro del vulgo, no comprendió nunca el asunto y por eso sus cuadros no son mas que retratos de mujeres hermosas envueltas en paños flotantes y en revoltosas nubes. Afortunadamente para Murillo, las Concepciones son todas obras de su decadencia y apartándolas del catálogo de sus cuadros, queda un pintor prodigioso que con los dos lienzos del sueño del senador romano, la Santa Isabel, los niños de la concha, el Santo Tomás de Villanueva y tantos otros que podría citar, puede y debe colocársele siempre entre las primeras figuras de la pintura universal.

Debo explicar á la Academia por qué yo le llamo pintor del paraíso. Sabido de todos es que los musulmanes ocuparon parte de la península durante siete siglos. Sabido es que el espíritu del Corán es intransigente hasta condenar á muerte al que reniega así como al que blasfema de Dios ó de Mahoma. Sabido es también que el Corán ofrece al creyente tras de una vida de lucha por la religión, un paraíso plantado de toobas y habitado de huríes.

Es imposible que dos pueblos de distintas creencias vivan siete siglos, á veces en comunidad y siempre en contacto, sin que las creencias del uno se infiltren en el otro. Prueba de la influencia musulmana en el cristianismo español, es el arte mudejar del que echaban mano para capillas cristianas, como la de Trastámara en la catedral, la de los Orozcos en Santa Marina, la del bautisterio de San Miguel y otras muchas que no puedo citar por no hacer largo el presente trabajo. Pero aparte de esto, Santo Domingo de Guzmán primero y Torquemada después, son dos hombres profundamente influidos del Corán porque la inquisición es un musulmanismo. ¿No crees?, dice el Corán, pues recibe la muerte. ¿No crees?, dice Santo

Domingo, pues marcha á la hoguera. El mismo espíritu de intransigencia hay en lo uno que en lo otro, habiéndose olvidado el cristiano de las sublimes palabras de Jesús, que pendiente del leño sacrosanto, pedía á su Padre el perdón de sus injustos verdugos. Pues bien; ese espíritu del Corán que se refleja en la arquitectura por el mudejarismo y en la represión dogmática por la inquisición, aparece en la pintura con Murillo en las Concepciones y en las glorias y se extiende por todos los pintores siempre que tratan de representar asuntos sobrenaturales. Ved uno por uno todos los ángeles de los pintores del siglo XVII incluso el San Rafael de Castillo. Todos son mujeres y mujeres hermosas y algunos de verdadera exuberancia en aquellas partes que pueden determinar si son mujeres ó son manebas son un recuerdo, inconsciente tal vez pero real, de las huríes ojinegras del paraíso de Mahoma. Hasta Goya, al pintar la cúpula de San Antonio de la Florida, se acordó de las huríes.

Las Concepciones de Murillo adolecen de este gran defecto. Son sevillanas hermosas; arrogantes, flotantes las abundosas cbelleras, los trajes descendidos y tan vaporosas, que olvidándose el autor del natural, ni se sabe donde empiezan ni donde concluyen los pliegues. Los fondos siempre son nubes en torbellino, olvidando el autor, ó mejor dicho, no comprendiendo que la Inmaculada no debe ir entre manchas, porque las nubes son manchas que ocultan el sol y enturbian la limpidez de los cielos donde debe resplandecer clara y distinta, exenta de toda mancha, la que estaba llamada á ser la madre del Todopoderoso. Sí, señoras; Murillo será siempre un pintor maravilloso mientras sea humano, es una desgracia en cuanto se mete á representar asuntos que no cabían en su cerebro ni tenía cultura bastante para concebirlos siquiera.



Velazquez es un pintor de cámara; sus asuntos rara vez salen de la vida real, pero era bastante más ilustrado que Murillo y, así, cuando tuvo necesidad de representar la coronación de la Virgen, la soñó dentro del cristianismo. Ya es madre, puesto que se le corona en el cielo después de su muerte y de su ascensión y sin embargo procura presentarla como el emblema de la modestia, de la castidad, del pudor y de la virginidad. Velazquez concibió la virgen como la habían concebido el sin igual Botticelli, y el seráfico pintor Fra Angélico de Giessole que son los dos más genuinos representantes de la pintura cristiana.

En España mismo hubo un pintor, sevillano también, Pacheco, que pintó Concepciones y ese que era un hombre de profundos estudios, no se acordó de Mahoma, sino de los evangelistas, y sus vírgenes están exentas, elevadas entre cielo y tierra, sobre la luna creciente, teniendo á sus piés deliciosa playa, mar tranquilo y rizado en perspectiva y por fondo un cielo limpio y azul. Hasta los ángeles que llevan los atributos de la Inmaculada están sobre ese cielo limpio porque como su nombre lo indica la Inmaculada, ni en la Virgen ni junto á la Virgen hay ni debe haber mancha de ninguna clase y la nube es mancha y mancha enemiga que oculta el sol vivificante astro sin el cual la vida en el planeta concluiría con suma rapidez.

El último estilo de Murillo representado por sus Concepciones trajo el barroquismo. Astro esplendente, arrastró tras sí á sus discípulos primero y á sus imitadores más tarde. Representa en la pintura lo que Góngora en la poesía y Wagner en la música. Tras de Murillo vino el barroquismo y la pérdida de la verdadera pintura y hasta que á fines del siglo XVIII no corrieron las brisas liberales engendra las por la Francia revolucionaria el

arte estuvo muerto. Entonces renació para dar paso á esa gran revolución artística que ahora se realiza en todo el universo.

Señores Académicos: No sé si mi contestación será del agrado de sus señorías. Yo me alegraré de escuchar sus plácemes: pero si no he cumplido, con mi deber no me podreis negar la buena fe con que he escrito y tampoco me negareis el gusto de verme acompañado al reiterar al Sr. D. Francisco Marchesi mi verdadera satisfacción de verlo entre nosotros.

HE DICHO.